

Grandes orientaciones pastorales de Pablo VI para América Latina¹

No podría iniciar esto que para mí es un honor, sin recordar muy especialmente al Cardenal Antonio Quarraccino, con el que actué muchos años y fui íntimo colaborador, y que siempre recuerdo por su amor a la Iglesia y por su honda amistad.

Ante todo digamos que no es posible diferenciar la pastoral de Pablo VI con la pastoral que surge del conjunto del Concilio Vaticano II. Esta es la premisa fundamental. Si el Papa Juan XXIII fue el padre impulsor del Concilio Vaticano II, Pablo VI fue el hermano mayor del Concilio Vaticano II, y el Papa Juan Pablo II será el hijo del Concilio Vaticano II. Esto es el principio que nos ubica porque no hubo nunca una voluntad que no fuera unitiva de Pablo VI en su no diferenciarse del Concilio Vaticano II. Su pastoral es la pastoral del Concilio, que tomó ciertas especificidades en relación con América Latina.

El otro punto es desde dónde reflexionamos. Parece indispensable indicar que las Iglesias de América Latina no fueron las mayores impulsoras del Concilio Vaticano II. Más bien se educaron en el Concilio Vaticano II acerca de qué era la gran revolución que fue el Concilio Vaticano II. Y solamente después hubo un proceso, que va desde el post-Concilio, la Conferencia Episcopal de Medellín y la Conferencia Episcopal de Puebla donde se logra una asimilación, una apropiación del conjunto del Concilio por las Iglesias de América Latina. Tuve la ventura de tener participación en esas instancias, especialmente en la última, y fue luego de la Conferencia Episcopal de Puebla, no por un análisis intelectual individual, sino como una parte de una experiencia colectiva, que experimenté y llegué a una comprensión del significado histórico profundo del Concilio Vaticano II, porque era el momento que colectivamente las Iglesias de América Latina habían recreado y cumplido en su seno ese proceso desde sí mismas.

Porque uno nunca es un individuo sólo, uno es parte de un pueblo que madura. Y en el pueblo universal de la Iglesia Católica los ritmos no son idénticos sino múltiples y hay instantes que hay Iglesias que son el motor de un Concilio como las de España e Italia en Trento, como las de Francia y Alemania, principalmente, en el Concilio Vaticano II. También la de Estados Unidos tuvo una importancia especial en algunos capítulos sobre, por ejemplo, la libertad religiosa.

El proceso de asimilación del Concilio fue conducido por Pablo VI en América Latina porque el marco de Medellín no fue solamente el Concilio ni la *Gaudium et spes sola*, sino que fue también, fundamentalmente, desde el marco de la *Populorum progressio* que vino a completar la *Gaudium et spes* en el sentido que la *Gaudium et spes* no había hecho un hincapié fundamental en la emergencia del tercer mundo, de los países en desarrollo. El Papa Pablo VI juzgó de importancia, dentro del marco de la *Gaudium et spes*, hacer como una ampliación de la cuestión social en el espíritu inicial y continuando la mundialización del enfoque de la enseñanza social que había hecho el Papa Juan XXIII en la *Mater et magistra*. Esta fue como apertura, como educación, a los episcopados para ubicarlos en la cuestión social que ya era mundial. Antes la Iglesia había sido muy eurocéntrica porque el mundo tenía un centro que era Europa que terminó solamente en el año '45, que es cuando comienza nuestra época.

¹ "Pablo VI y América Latina". Simposio. Universidad Católica Santa María de los Buenos Aires. Organización: Instituto Paolo VI de Brescia y UCSMBA. Buenos Aires 10-11 de octubre de 2000.

La *Evangelii nuntiandi* cumplió el rol de unificar muy íntimamente, en la Conferencia Episcopal de Puebla, las dos puntas fundamentales del Concilio que son la *Lumen Gentium* en una punta, y la *Gaudium et spes* en la otra. Medellín era hijo más de la *Gaudium et spes* y de la *Populorum progressio* y no había un suficiente énfasis eclesiológico, que era lo fundamental, que le daba sentido a todo el conjunto del Concilio. La *Evangelii nuntiandi* recentró.

La *Evangelii nuntiandi* fue como una síntesis excepcional, en pocas palabras, del conjunto complejo del Concilio. Pablo VI dio como una síntesis última del Concilio, sencilla. No editó un libro inmenso, sino una síntesis sencilla para el pueblo eclesial que estaba un poco desbordado por los acontecimientos post-conciliares. Y eso permitió a Puebla unificar, con hondura la *Lumen Gentium* y la *Gaudium et spes*, en el modo en que las Iglesias de América Latina con sus circunstancias lo asumían. Uno es hijo de ese proceso. Casi todos los que estamos acá, somos lo suficientemente otoñales como para que la experiencia de esos años haya sido la fundamental de nuestra vida y de la que no podemos hablar académicamente. Fue la revolución fundamental de nuestra propia vida ese tiempo privilegiado del Vaticano II.

Este Concilio suscitó, a partir de la Conferencia de Medellín, lo que algunos comentaristas contemporáneos llamaron la "mayoría de edad" de las Iglesias de América Latina. Edad turbulenta, necesaria, encauzada y sufrida por Pablo VI, profundamente la sintió y asumió con una decisión y paciencia extraordinarias. De tal modo, la *Populorum progressio* y *Evangelii nuntiandi* son las dos inflexiones capitales de Pablo VI para la asunción plena del Vaticano II por América Latina.

Hubo dos elementos que acompañaron el proceso del Concilio. Primero la recuperación de Europa, de los Estados Unidos, de Rusia, de los desastres de la guerra mundial. En cierto sentido Rusia atenuaba el estalinismo con Krushev, los Estados Unidos y Europa Occidental ingresaban en la sociedad opulenta. Segundo, pero el otro rostro había ya comenzado: la descomposición de los imperios coloniales europeos y de las viejas colonias emergía el tercer mundo con todo un proceso de liberaciones convulsivas. En América Latina algo que amenazó al comienzo mismo del Concilio fue el gran conflicto entre Estados Unidos y Rusia por los misiles en Cuba, que hicieron que el Papa Juan tuviera una importante participación en su lucha por la paz mundial reconocida por el mismo Nikita Krushev. A partir de allí comenzó una política de apertura del este soviético, que no se había podido hacer desde la década de los '20. La repercusión de la revolución cubana llegó en América Latina a su paroxismo en los tiempos del post-Concilio entre Medellín y Puebla.

Un paroxismo que todavía en el Río de la Plata padecemos, el drama de los desaparecidos. Una especificidad de la acción valerosa de Pablo VI fue en el propio discurso de apertura de la Conferencia de Medellín (precedida por la Conferencia de las Olas que invitaba a la revolución continental), el negarse a la violencia revolucionaria como camino de los cristianos para el cambio, el desarrollo y la justicia en nuestras sociedades. Esto le costó mucho al Santo Padre y mucho a la Iglesia, porque hubo una multitud de jóvenes católicos en América Latina entera que fueron a la guerrilla. Eso uno lo vivió y les podría hacer un recuento de muchachos que yo conocí: argentinos, peruanos, mexicanos, en Chile, en Uruguay, que están muertos o con sus vidas arruinadas. Esto ocurrió a todo lo largo y lo ancho de América Latina; y aún es una herida no subsanada en muchas de nuestras sociedades. Allí queda para siempre el testimonio valeroso

de Pablo VI y su sentido de las urgencias, de las reformas que la Iglesia se comprometía a acompañar y a sostener desde la *Populorum progressio* en la apertura de Medellín.

Vamos a concentrarnos, ya que respecto del Concilio, uno de los más extraordinarios de la historia de la Iglesia, aún no se ha hecho común una interpretación de la ubicación histórica del Concilio absolutamente fundamental para comprender el papel de Pablo VI, la pastoral de Pablo VI y el Concilio y su significado. Esto sólo se puede entender a través de una lectura de los signos de los tiempos, que fue una palabra que puso en boga Juan XXIII, que usó otra palabra de gran eco: *aggiornamento*.

¿Qué significa que la Iglesia sea convocada para *aggiornarse*? Es que había un desfase entre la actualidad histórica y la Iglesia. Había un hiatus y había que saltar ese hiatus. ¿Cómo se había engendrado ese hiatus? El mismo Concilio nos va a dar la pista.

Desde el comienzo, ya en el espíritu de Juan estaba el impulso a la colegialidad episcopal que nos viene de las Iglesias del Oriente. Es un tema que vino a través de las relaciones con las Iglesias ortodoxas, con las que Juan había tenido vínculos en su acción anterior, y que desde Pío XI, se van a multiplicar los institutos y lazos con preocupación por las Iglesias del Oriente. Esa atmósfera de la colegialidad iba a chocar, naturalmente, con el papel centralista, con que el Papado se había visto obligado en un proceso defensivo en el siglo XIX. Además la dificultad de las comunicaciones acentuó un papel universal en la práctica relativamente sustitutiva de la Curia Romana por sobre el papel de los episcopados dispersos e incomunicados en el mundo. Solamente ahora, por las condiciones de la globalización, éstos se pueden reunir de modo asiduo, y poner en una práctica efectiva el sentido de su corresponsabilidad en la conducción de la Iglesia junto al Santo Padre.

En esa nueva situación emergente se rompen los esquemas que se habían aprontado en el centro por la Curia, y los obispos empiezan a retomar su protagonismo propio y eso desconcierta un poco la primera sesión del Concilio. Es allí donde el Cardenal Suenens apoyado por el Cardenal Montini de Milán, proponen organizar el Concilio en función a un *ad intra-ad extra*. Una reflexión que fuera una respiración entre la Iglesia desde dentro "*ad intra*" y la Iglesia hacia el mundo, "*ad extra*". Eso es lo que genera la estructura básica del Concilio que hace que sus dos pilares, el *ad intra* sea la *Lumen Gentium* y el *ad extra* sea la *Gaudium et spes*. Y todo el conjunto de declaraciones y de resoluciones que tiene el Concilio se ordenan en función a estos dos puntos que le dan un orden y una lógica a todo el Concilio.

Esto, que sería un ordenamiento documental y de las comisiones y de la lógica documental tiene, sin embargo, un significado histórico básico. Ese significado histórico coincide, en cierto sentido, con el *ad intra* y el *ad extra*. ¿Por qué?

Haremos una breve incursión histórica. Diríamos en forma sencilla, que la Iglesia desde su surgimiento en la *Ecúmene Helenístico-Romana*, en cierto sentido, había ganado todos los partidos que la historia le había ido proponiendo en su dinámica evangelizadora, y por evangelizadora, civilizadora también hasta el siglo XVI. Podríamos decir, hubo una separación o cisma de Oriente, un poco hasta por incomunicación, por poca comunicación entre la Iglesia del Oriente y la del Occidente en el siglo XI. Pero en conjunto la Iglesia siempre había respondido a los diferentes retos que cada siglo le planteaba. Cada siglo tiene sus herejías, sus desafíos

propios y hay que intentar nuevas respuestas para reafirmar lo permanente. Hasta el siglo XVI, la Iglesia en el Occidente había superado todos los conflictos, de una forma u otra. Unas mejor, otras peor, más había ganado.

Desde el siglo XVI, cuando comienza por Europa, por Castilla y Portugal el proceso de mundialización, cuando un Papa para dirimir el conflicto oceánico entre Portugal y Castilla, sobre sus jurisdicciones, como Juan Pablo en el Beagle, entre Argentina y Chile, le pidieron el arbitraje y el Papa Alejandro VI hizo la primera divisoria mundial del globo terráqueo. Fue el primer acto jurídico de globalización, la primera línea global que se tendió sobre el planeta que se comenzaba a unificar desde el Occidente. Pero en ese tiempo tan intenso se rompe la intimidad de la Iglesia y surge la Protesta, viene el vértigo de la Reforma. El Protestantismo, que no tiene la energía de transfigurar a la Iglesia; y la Iglesia que no tiene la energía de reabsorber al Protestantismo. Y eso termina en un empate histórico: media Europa al norte se hace protestante, y media Europa al sur se mantiene católica.

Y ese es el asunto ad intra pendiente. Ahí se resume una cantidad de problemas irresueltos que la Iglesia no resolvió a cabalidad, en los comienzos de la modernidad. La reforma protestante fue respondida pero a medias. Y la vida, tanto personal como colectiva, sólo permite las buenas respuestas. Cuando no hay una buena respuesta completa y hay una respuesta a medias, aquello que uno respondió a medias le persigue por el resto de su existencia diciéndole: "Me tenés que contestar todo, tenés que saldar la cuenta". Y la Iglesia no saldó la cuenta con el Protestantismo porque no lo pudo reabsorber. Y por algo fue, algo que no comprendió. Aunque el Concilio de Trento fue un gran Concilio.

Y luego el ad extra que es en la historia la Ilustración. Hubo también un conjunto de situaciones que la Iglesia tampoco pudo responder a cabalidad. Le hizo críticas pertinentes a la Ilustración, pero no supo comprender a fondo sus nuevas exigencias.

Eso es lo que se llama la falta de aggiornamento. Era que la Iglesia no había terminado de asumir ni la Reforma ni la Ilustración cabalmente. ¿Por qué? Porque había tenido el acierto de rechazar los errores de la protesta y de la Ilustración, pero no había comprendido a fondo que el error sólo existe por la verdad que lleva en su seno. No había discernido las verdades que daban vida al error y lo potenciaban. Es lo que de San Ireneo que cita Puebla sólo se supera lo que se asume, sólo se trasciende lo que se asume. No supimos ver las verdades del error del Protestantismo, ni las verdades del error de la Ilustración y eso nos pedía la cuenta, porque Dios quiere sólo buenas respuestas, o sea totales, respuestas totales; y si no persigue hasta un milenio porque todavía no hemos arreglado el cisma de Oriente, aunque está en vías desde Atenágoras y Pablo VI. Todavía no está totalmente saldado, está en vías, pero todavía falta.

Es fundamental, ubicar qué significa el Concilio y el papel de Pablo VI en el Concilio y el significado histórico que tiene. Para mí, es el saldo de las cuentas de la Iglesia con la Modernidad. Es más que el fin de la cristiandad. El sentido es que por la Lumen Gentium hemos asumido lo principal, lo mejor de la Reforma protestante, que es el sacerdocio universal de los fieles, que está en el subsuelo de la Protesta. El Protestantismo fue una gran protesta laical contra el monopolio clerical. Se hizo una protesta contra el monopolio clerical, resultado de haber sido los únicos alfabetos durante siglos. Pero después vino la imprenta y los burgueses y artesanos

empezaron a leer la Biblia directamente, y a reivindicar una participación que no habían tenido antes.

¿Qué paso? Pasó que la verdad del sacerdocio universal de los fieles, del Pueblo Santo se oscureció por el rechazo al Sacramento del Orden, por el rechazo al sacerdocio ministerial, por el rechazo a la jerarquía, por el rechazo a la sucesión apostólica que todo esto implicaba y que abría las puertas a la multiplicidad infinita de Iglesias y sectas en forma amorfa. Un Pueblo de Dios estructurado, no amorfo, es el Pueblo de Dios. Entonces la *Lumen Gentium* reubica unas eclesiologías que habían insistido, como reacción al Protestantismo, al reafirmar lo que el Protestantismo cuestionaba, que era el Sacramento del Orden, la sucesión apostólica, la jerarquía. Habíamos terminado en una Iglesia jerarcológica, como se dijo. El rasgo es que en el siglo XX, y aún antes, se empezó a gestar el Concilio por el conjunto de la Iglesia y por la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII, y muchos otros antecedentes. Fructifican en el conjunto de la Iglesia, en la *Lumen Gentium*, que toma como centro la Iglesia como Pueblo de Dios.

En el ad intra está la gran respuesta a una historia, a los primeros dos siglos de la modernidad, al primer empate, al primer “no haber tenido la inteligencia suficiente”. Se podría ahondar más desde este ángulo, y ver qué es lo que la reflexión de la Iglesia sobre sí misma le lleva a responder bien al Protestantismo y a asumirlo. Recuerdo siempre una frase de Montesquieu, en el siglo XVIII, que decía: “Cuando la Iglesia se protestantice, el Protestantismo desaparecerá porque se ha cumplido”. La Iglesia como Pueblo de Dios, hace que la Iglesia trascienda por primera vez en el Concilio Vaticano II, la esencia de los desafíos fundamentales del Protestantismo. Lo mejor.

Luego algo similar con la Ilustración. Ahora es la otra punta de la *Gaudium et spes* y *Sobre la libertad religiosa (Dignitatis humanae)*.

Hay, creo, tres puntos básicos con la Ilustración ad extra. La Ilustración es una gran protesta contra las hegemonías eclesiásticas, sobre lo temporal, sobre el Estado, y también sobre las ciencias de la naturaleza y de la historia. Entonces hay como una reivindicación de las autonomías temporales. Primer punto.

El otro punto es la afirmación de los derechos humanos en las Constituciones y en el ius-naturalismo individualista de la época, la reivindicación de las libertades políticas y de la libertad religiosa. La Ilustración quería resolver lo que las guerras de religión entre católicos y protestantes no había resuelto. Hubo como una especie de ecumenismo liberal masónico, que surge de la Ilustración, que es un nuevo ecumenismo de tendencia secularista. Ante todo esto, que suscitó los más hondos conflictos, la Iglesia no lo asumió hondamente, aunque le sobran elementos para darse cuenta que lo mejor de la Ilustración era hijo de la Iglesia, del ius-naturalismo eclesial, de la herencia bíblica de la dignidad del hombre, por ser el hombre imagen de Dios, que había sido afirmada en bulas pontificias como *Sublimis Deus*, cuando el descubrimiento de América, que reivindica los derechos de los pueblos gentiles, indígenas, con Vitoria que no piensa en los derechos de los cristianos sino de las sociedades paganas y ajenas a la evangelización.

La *Gaudium et spes* rompe definitivamente la dicotomía Ilustración y Tradicionalismo. Ya Pío XII reconoce derechos inherentes a la persona en su mensaje del año `43 en Navidad, y hay todo

un proceso que culmina en Juan XXIII, en la *Pacem in terris*, que hace como una organización sistemática de los derechos humanos.

El hecho es que la *Gaudium et spes* asume y trasciende lo mejor de la Ilustración. Y al asumirlo y trascenderlo lo deroga como fue y lo vuelve a refundamentar. Porque hoy el drama de nuestra época es que la Ilustración ha perdido el fundamento. La modernidad de la Ilustración en su post modernidad se ha vuelto escéptica de sí misma, multiplica derechos sin saber por qué. Hay derechos de las bacterias como de los hombres, pareciera. Nos encontramos en una sociedad hija de la Ilustración que ha caído en el relativismo, en el escepticismo de sí misma. A la vez y desarrollando su lógica, nosotros nos convertimos, a partir del Concilio Vaticano II, en los refundamentadores de una Nueva Ilustración. De una Nueva Reforma y de una Nueva Ilustración, desde la lógica interna de la Iglesia. Esta visión o perspectiva sintética querría conceptuar claramente la maravilla realizada por el Concilio Vaticano II, del que su protagonista mayor, por su suavidad y participación con la colegialidad episcopal, fue Pablo VI.

Otro rasgo esencial de la Ilustración fue la reacción contra un cierto ascetismo cristiano negador de la tierra, de la vida en la tierra. Un jansenismo que tuvo innumerables ramas, y también el protestantismo que tendía a una visión ultra pesimista de la naturaleza humana, y entonces la Ilustración sentía que el Cielo se oponía a la Tierra, y ellos reivindicaron a la Tierra contra esa espiritualidad que invadía la Reforma y a la Iglesia Católica. Contra esa espiritualidad, hicieron que la tierra se pusiera contra el cielo, para afirmar su autonomía y su verdad. Dijeron no queremos saber nada con un Cielo que se vuelve opresor de la Tierra, hicieron la inversión pura del asunto. Y la *Gaudium et spes* trasciende porque en su esencia, en esa apropiación de una Nueva Ilustración, dice que la historia se mueve por el Cielo, el Cielo es lo que mueve la historia y permite la crítica en la Tierra. Es el Reino de Dios el que nos permite la crítica en la Tierra. No para matarla, sino para salvarla, para elevarla. La *Gaudium et spes* cumple una revolución gigantesca en relación a un cierto pesimismo integrista que la Iglesia venía soportando. Porque estaba a la defensiva, se auto afirmaba, y nada más. Hay que ser ortodoxo pero no operar ortodoxísticamente que es otra cosa. El ortodoxo asume y supera, el ortodoxista sólo rechaza. Pero no seamos injustos, los integristas en su momento tuvieron también valores positivos. Uno ha aprendido mucho de ellos.

Eso Pablo VI lo sabía también, y supo conducir a la minoría, no quiso que se le aplastara, quiso salvarla en sus intervenciones, continuamente, sin afectar el punto central. La primera encíclica de Pablo VI es *Ecclesiam Suam* que es el diálogo, que se hizo símbolo eclesial de la época. “Del anatema al diálogo”, escribió un marxista. Es una exageración pero respondía a un cierto estilo: el que no estaba conmigo estaba contra mí. No había una diferenciación. Un matiz de cada uno con cada uno; es lo que se aproxima al eje esencial de Jesucristo y su Evangelio. Todo un discernimiento dialogal. Entonces: diálogo. Esa fue la gran palabra católica de la década del `60; y la otra era “participación”. Las dos palabras que inundaron de golpe a la Iglesia: diálogo y participación. Era un acontecimiento único. ¿Por qué? Porque podíamos hacerlo porque el Concilio había tomado lo mejor, la modernidad y la había transfigurado, había sabido heredarla, transfigurándola, no repitiéndola.

Hubo equivocados que se dijeron: “Si asumimos la Ilustración, entonces la Iglesia estuvo equivocada” o “como asumimos aspectos del Protestantismo, entonces Trento está mal”. Nada

de eso. El Concilio Vaticano II fue posible por Trento y por Vaticano I. Y aquellos que intentaron en le época separarlos, eran reaccionarios, unos del Protestantismo y otros de la Ilustración antigua. Capitulaban ante la modernidad, no la recreaban.

Todo esto nos ubica, en la acción y la pastoral de Pablo VI al nivel de una Iglesia que se ha “aggiornata”, ha recuperado actualidad histórica.

El Concilio Vaticano II, por primera vez, pone a la Iglesia en la post-modernidad verdaderamente superadora. Porque la post-modernidad de la que habitualmente se habla no es post, es mera descomposición de la modernidad, no son una postmodernidad. Nosotros somos la única postmodernidad porque hemos asumido lo mejor de la modernidad. Hemos terminado también con el tradicionalismo, no por supuesto con la tradición. No tenemos que defendernos ante todo. El Papa puede pedirle perdón a Lutero en paz, absolutamente en paz. Sólo se pide perdón cuando se está en paz realmente. Esto nos muestra el significado mundial del Concilio Vaticano II, con sus dos alas, Lumen Gentium y Gaudium et spes, en sus dos trascendencias, en la nueva época que pone a la Iglesia al nivel de la actualidad histórica, en el momento que las religiones seculares han entrado en agonía con el derrumbe del mito secular máximo que encarnó la URSS: el ateísmo

Quisiera hacer unos apuntes finales sobre la incidencia pastoral de Pablo VI en América Latina.

Los Concilios Provinciales de Lima y de México en el siglo XVI, en especial el III de Lima bajo el signo de Trento arman el apostolado en el conjunto de lo que sería la América española. Más tardíamente, en el siglo XVIII, en Bahía, los obispos de Brasil hacen la primera dirección evangélica, estructurante en el conjunto de la Iglesia de Brasil.

Luego tuvo lugar la reunión del Concilio Plenario Latinoamericano, que se reúne entre mayo y julio del año 1899. León XIII lo promulga el 1 de enero de 1900. El siglo XX se abre con la primera reunión de todo el episcopado de América Latina. A consecuencia del cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892, el arzobispo de Santiago de Chile, Mariano Casanova, es el que propone a León XIII la convocatoria de un Concilio Latinoamericano. Es la primera vez que eso acaeció en la historia y que se sancionó en el primer día del siglo XX. Hace un siglo, estamos en su conmemoración. El conjunto de la Iglesia estaba disperso totalmente, se había desarticulado durante las guerras de la Independencia, la jerarquía se había comenzado a restablecer a partir de la cuarta década, a partir del reconocimiento de la Independencia por Roma allá por 1831. La Iglesia Latinoamericana estaba dispersa, sin cuadros intelectuales, o muy escasos. Lo de Juan Bautista Alberdi: los inmensos espacios nos comunicaban. La primera reunión importante es a consecuencia del obispo chileno, José Ignacio Eyzaguirre, que va con la iniciativa de fundar un seminario en Roma, en 1857, para que se reunieran los mejores alumnos de los seminarios, del conjunto de América Latina. Y que tuvieran un elenco de profesores en teología de lo mejor, que no los podía facilitar América Latina. Pío XI lo funda y va a tomar el nombre en el año 1862 de Colegio Pío Latino Americano. Es la primera vez que una institución se llama latinoamericana. Y la primera reunión de un Concilio que se llamó latinoamericano lo hizo la Iglesia Católica. Eso está vinculado al surgimiento de la “Unión latinoamericana” de José María Torres Caicedo. Este es quien empieza a usar el término latinoamericano.

El Concilio es en Roma, no sólo por el centralismo, sino porque era el sitio más accesible para todos los episcopados. En aquella época era más fácil encontrarse en Roma que en algún punto de América Latina.

Ahí en Roma, con la publicación de las actas, el Cardenal Gasparri introdujo una pequeña adenda que era la obligación de reuniones periódicas de Conferencias Episcopales en todos los países latinoamericanos. Lo que pasa es que no eran instituciones permanentes: eran reuniones ocasionales de obispos que en unos países ocurrieron a menudo y en otros casi nunca. Fue muy variado. También que en el Concilio Latinoamericano se hace expresa referencia a los antecedentes, especialmente, del III Concilio provincial de Lima que fue el Concilio fundador de las Iglesias en América hispana como conjunto, con la misma pastoral básica.

En la primera mitad del siglo XX cada país estaba en sí mismo. Sólo se tenía la percepción de cada país, de sus parroquias, de sus diócesis, pero no había ninguna visión de conjunto.

La nueva instancia comienza en el año 1952. En ese año Dom Helder Camara se encuentra con Montini, que estaba en la Secretaría de Estado de Pío XII. Se encuentran en Río de Janeiro. Brasil era un continente inmenso y las Conferencias Episcopales eran discontinuas, ocasionales: eso no funcionaba. Acordaron y eso fue refrendado por la Santa Sede, hacer un Secretariado estable, permanente. El primer secretario institucionalizado de una conferencia episcopal de forma permanente fue Dom Helder Camara, gran amigo de Montini. Ese es el germen de las conferencias episcopales estables latinoamericanas, que van a tener el gran salto con Pío XII y Juan XXIII.

Aquí hay una visión de Pío XII muy fundamental de la Navidad del año 1945. Pío XII usaba especialmente los mensajes de Navidad durante la guerra para dar ciertas líneas básicas de su pontificado. Dice: "En otros tiempos la vida de la Iglesia en su aspecto visible, desplegaba su vigor preferencialmente en los países de la vieja Europa, desde donde se extendía como río majestuoso a lo que podría llamarse la periferia del mundo. Hoy día se presenta, al contrario, como un intercambio de vida y de energía entre todos los miembros del cuerpo místico de Cristo en la Tierra". Europa dejó de ser en centro del mundo definitivamente en la segunda guerra mundial. Pasó el centro a la bipolaridad USA-URSS, y en Europa quedó secundaria. Se cumplieron cuatro siglos y medio de ser Europa el centro mundial y la Iglesia tenía allí su centro, desarrollada mundialmente en forma muy dispar. Con esta frase de Pío XII más que un hecho consumado se planteaba un designio. Reconoce que Europa ya no es el centro, no sólo del mundo sino en la Iglesia. Las Iglesias de Europa ya no son el centro y que es indispensable hacer un intercambio común entre todas las Iglesias. Y su designio se cumple en dos campos. En un campo intentando apresurar y acelerar el pasaje de las misiones a las Iglesias indígenas. Son los ímpetus de fundar Iglesias de las misiones en Asia y en África. Comenzaba la descolonización y Pío XII quería que las Iglesias fueran autocéntricas, que tuvieran su conducción indígena.

El otro campo muy distinto es América Latina, donde ya existían las Iglesias, en un continente que multitudinariamente el pueblo se mantenía cristiano, a pesar de los embates ideológicos de un liberalismo anticlerical. La invasión masiva de predicadores del Protestantismo, que venían del Asia para América Latina al instaurarse Mao Tse-Tung en China, planteaba un nuevo desafío. Pensando una respuesta es que el Nuncio en Bogotá, monseñor Samoré, se da cuenta de la desarticulación de las Iglesias que están cada una cerrada en su país e ignorando totalmente al

resto. Samoré sugiere al Santo Padre, en el año 1955, la fundación de un organismo episcopal que unifique las perspectivas sobre América Latina en su conjunto.

Así Pío XII cumple con el otro campo de esa descentralización que era su designio a partir del final de la guerra: hacer la Iglesia mundial multipolar. Tal era el designio básico de Pío XII en la post guerra, ante la ruina del centro europeo. Entonces en el '55, en ocasión del Congreso Eucarístico de Río, Pío XII convoca la Primera Conferencia Episcopal Latinoamericana. Envía a su delegado Samoré, Dom Helder organiza también esa Primera Conferencia de América Latina, la primera conferencia episcopal, que no tiene potestades legislativas como un Concilio. Ahí se discute, se conversa, en fin, es un encuentro raro porque los obispos tenían muy escasas ideas sobre América Latina como conjunto. Sabían sobre su país, sobre el resto nada. Se realizaron allí varias disertaciones sobre diferentes temas. Hay una disertación significativa hecha por un padre francés Eucaristía y liberación. Creo que es la primera vez que se dice "liberación" en el ámbito eclesial latinoamericano. En esa conferencia de 1955, se funda el CELAM. Vinculado a Samoré es monseñor Larraín el que lo propone como iniciativa latinoamericana. Pero tan centralistas eran los obispos de América Latina, tan romanos, que deciden instalar el CELAM en Roma. Y el Papa les dice, no, en Roma no, eso es convertirlo en un dicasterio romano. Él quería descentralizar. Entonces no acepta que sea Roma, y los obispos no tienen más remedio que elegir un sitio en América Latina. Y eligen Bogotá, que es un punto estratégico entre el norte y el sur. Y ahí nace el CELAM en época de Pío XII en cumplimiento de ese designio de una multipolaridad, en el final del centralismo europeo y de la Iglesia.

De ahí viene el gran papel que tienen en el CELAM los "pío latinos". Eran los únicos con mentalidad del conjunto. ¿Por qué? Porque no estaban en su aldea sino que habían ido a Roma, se habían encontrado con mexicanos, brasileros, argentinos, habían intercambiado y se habían hecho amigos. La oportunidad de reencontrarse con los amigos de la juventud del seminario era ir al CELAM. Ahí se reencontraban otra vez, y eran los que tenían más información sobre el conjunto. Los pío latinos son decisivos en la generación del CELAM, porque eran los únicos cuya formación se había hecho más allá de la Argentina, del Uruguay, de Chile. Eso forma a los obispos que van a darle vida al CELAM. Pío XII pide a las Iglesias de Europa, de Canadá y de Estados Unidos, que manden sacerdotes, porque quiere acelerar el despegue de las Iglesias de América Latina. Y vienen cientos de sacerdotes. Juan XXIII también pide más sacerdotes para América Latina.

En el Concilio son cuatro años que los obispos de América Latina se reúnen varios meses. Hay otro hecho básico, que en la discusión de la primera sesión, hubo un momento en que el Concilio no sabía cuál era el rumbo que iba a tomar, y se decidió centrarlo en la Iglesia de Jesucristo ad intra y ad extra. Pero hubo una propuesta anterior. El cardenal Lercaro propuso que el hilo conductor fueran los pobres, recogiendo una frase que el Papa Juan XXIII había dicho antes de la apertura del Concilio: "Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta como es y quiere ser: la Iglesia de todos y particularmente de los pobres". Lercaro propone que ese sea el hilo conductor del Concilio. Eso no fue aceptado. Pero tuvo ecos y la primera respuesta fue del padre Gauthier, en Nazaret, en Palestina, donde escribe un librito: Jesucristo, la Iglesia y los pobres que se difunde en la primera sesión del Concilio. Y ahí lo toman los obispos latinoamericanos encabezados por Larraín y Dom Helder Camara. Gauthier les da una serie de conferencias. Gauthier saca ese conjunto de conferencias en un libro al final del Concilio: La

pauvreté dans le monde. Ahí se van a encontrar los temas fundamentales que se van a desarrollar luego en América Latina entera, inclusive en la teología de la liberación. ¿Y cómo se retoma luego del Concilio? Por la mediación de Pablo VI y su *Populorum progressio*.

Juan y Pablo inician la mundialización de la doctrina social de la Iglesia, que había sido europea. Allí había comenzado la industrialización. La enseñanza social toma perspectiva mundial con Juan XXIII en *Mater et Magistra*, y luego lo sistematiza más ampliamente Pablo VI con la *Populorum progressio*, la ante sala de las dos reuniones que él va a convocar, Medellín y Puebla, la mayoría de edad de ese intento de descentralización iniciado por Pío XII.

La conciencia histórica latinoamericana en la movilización de las Iglesias, en el CELAM, se fue haciendo exigencia eclesial. Ya no bastaba saber historia de la Argentina, o de Brasil o de Ecuador; había que saber la del conjunto, porque la Iglesia operaba en el conjunto. Esto se hizo carne en Puebla. Los esquemas de Puebla son de la Iglesia como Pueblo de Dios y en la historia de América Latina. Es por mediación de Pablo VI que la Iglesia latinoamericana toma autoconciencia histórica y actualidad histórica, por el hilo conductor de la Nueva Evangelización, que Juan Pablo II reconoce en la *Evangelii nuntiandi*.

Discusión.

S. Silva Gatica – Son tres preguntas más bien críticas a la ponencia de Methol, dos a afirmaciones secundarias de su ponencia y una al centro. Sobre dos cosas laterales.

Primero: la solución que da la Iglesia a los desafíos del tiempo, pienso yo, nunca puede ser completa, hay que incorporar la perspectiva escatológica, y contar siempre con nuestro pecado, con nuestra imperfección; entonces buscar una respuesta completa y definitiva nos puede hacer caer. Son autozancadillas.

Segundo: la interpretación de la postmodernidad como vuelta de la modernidad contra sí misma no me termina de convencer, podría ser la postmodernidad una nueva manifestación del movimiento romántico anti-ilustrado que reacciona contra los excesos de una unilateralización racionalista.

Y, tercera pregunta, y al fondo de la ponencia: la interpretación del Vaticano II con los dos ejes *Lumen Gentium*, Iglesia ad intra, *Gaudium et spes*, Iglesia ad extra, me pregunto si el centro del Concilio no es más bien *Dei Verbum*, y en ese sentido el *aggiornamento* significaría un volver a poner en el centro de la vida entera de la Iglesia, ad intra y ad extra, la Palabra de Dios. Una Palabra de Dios que siempre tiene que ser vivida según la lógica de la Encarnación, por consiguiente en la inculturación. La inculturación trae consigo, inevitablemente, sistemas dogmáticos o doctrinales, litúrgicos, morales, disciplinares, espirituales. Entonces, para mí el gran problema es estar permanentemente reinculturando esa Palabra de Dios por encima de los sistemas que nos entrega el pasado, no por encima, sino trascendiéndolos en dirección a la Palabra de Dios. Y yo creo que ese es el problema que estamos viviendo hoy en la Iglesia. Fueron muchos siglos en que se transmitió el sistema, como dice el documento de Santo Domingo, muchos bautizados, no evangelizados, o sea, no en contacto con la Palabra de Dios.

A. Methol Ferré – Lo único completo es la total y simultánea presencia de sí, como es el Eterno. Lo demás todo es incompleto. De manera que sí, yo acepto su observación. Pero era en otro

sentido, era lo incompleto en una circunstancia dada, que hace que la Iglesia se partiera en dos en el siglo XVI. Aunque haya respuestas incompletas, va a haber un conjunto de respuestas más completas que quizás la reunifiquen otra vez. Es en ese sentido, en ese espíritu histórico limitado, como nos corresponde.

El otro punto es sobre la postmodernidad. Usurpé un nombre que se usa para otra cosa, diciendo que, si alguien había realmente respondido a las insuficiencias de la modernidad, era la Iglesia con el Concilio Vaticano II. La postmodernidad hoy se manifiesta, no en la superación de la modernidad, sino en una especie de descomposición de la modernidad. El postmodernismo reivindica más lo fragmentario que lo totalizador y en ese sentido pierde el eje abarcador, que la síntesis exige. Por supuesto siempre son totalidades que terminan siendo fragmento. La historia es una insaciable sed de totalización, que solo será en el Reino de Dios.

Los únicos que estamos en condiciones de postmodernidad, porque la vieja Ilustración está en crisis, somos nosotros. ¿Por qué? Porque está sustancialmente trascendida a partir del Concilio Vaticano II. Sustancialmente, no quiere decir que efectivamente en sus vigencias persistentes.

El otro punto es que el centro sea Dei Verbum. El primero que nos amó fue Dios, y por supuesto él es siempre primero. El orden que se hizo, por el Concilio mismo, puso como apertura la Lumen Gentium, en el sentido que era un Concilio, que era una gran reflexión sobre la Iglesia en su totalidad. No en su punto fundamental, o fundante, sino como totalidad de la Iglesia en la historia. Incluso la encíclica con que abre su pontificado Juan Pablo II es retomar la Lumen Gentium más que la otra. No es que la otra no esté presente, es inevitable que esté presente, pero no es el esquema fundamental como pudo haber sido en el Concilio Vaticano I. Pudo haber sido en el Concilio Vaticano I el esquema fundamental, inicial, pero se interrumpió el Concilio. Pero hoy es distinto, era una no credibilidad en la propia Iglesia, en su papel como Iglesia en la historia, que aparecía como monologante, y la querían convertir en dialogante. No tengo una diferencia intelectual sustancial con usted en el orden de los principios. Pero sí me parece que el Concilio eligió esa vía. Como decía Holderlin, los comienzos deciden. No por azar el Concilio puso a uno antes que el otro. Pero en un sentido pastoral, aunque haya sido una Constitución Dogmática, el conjunto del Concilio es ante todo y por sobre todo pastoral. Es en ese sentido que me parece justificable.

C.M. Galli – Yo recojo varios aportes de su exposición. Me pareció importante la primera tesis básica, la unidad entre el Concilio y Pablo VI para poder entender el pontificado de Pablo VI y especialmente en relación a América Latina.

Creo que la interpretación que hace del Vaticano II, y que recién se ha retomado en las preguntas, daría pie para seguirla conversando, en particular mañana cuando me corresponda voy a tratar de mostrar cómo algunos textos de Pablo VI para América Latina presentan el desafío de edificar una civilización cristiana y moderna, moderna y cristiana.

En tercer lugar me pareció útil ver tres momentos de gran influjo de Pablo VI entre nosotros, simbolizados en *Populorum progressio*, *Medellín* y *Evangelii nuntiandi*. Nuestras jornadas volverán sobre estos temas. Podremos tener periodificaciones distintas pero vamos a los núcleos fundamentales.

En cuarto lugar me parece interesante cómo el pontificado aprecia que América Latina debe crecer hacia una etapa de madurez, eso se ve desde Pío XII a Juan Pablo II.

En trabajos suyos hechos a propósito de los veinticinco años del CELAM, después publicados en un número de "Nexo", y luego en libro, que es una historia de la Iglesia en estos cincuenta años, usted pone tres marcos: el político mundial de las post guerra, el eclesial del pontificado de Pío XII y su misión para cada uno de los continentes, y el más propio de América Latina, tanto a nivel eclesial, que debe crecer hacia una mayor unidad, como a nivel cultural que debe redescubrir su propia identidad. Y el diálogo con pensadores o distintas expresiones de nuestra cultura.

En ese marco, mi pregunta sería esta: ¿Qué líneas de continuidad y de novedad ve, en su trabajo de historiador de la Iglesia en América Latina, entre Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI, con respecto a América Latina? Sobre todo teniendo en cuenta que no han tenido solamente decisiones pastorales sino que además, han escrito a las Iglesias de nuestro continente *Ad Ecclesiam Christi* de Pío XII o *Ad dilectos Americae Latinae populos* de Juan XXIII. ¿Si se podrían distinguir factores de continuidad o de novedad en la política pastoral del pontificado con respecto a América Latina?

A. Methol Ferré – Comenzamos desde la actualidad histórica, en las dinámicas que se abren con Tertio Millenio adveniente de Juan Pablo II hasta este Año Santo. El hilo conductor que el mismo Papa ha puesto en todos los Sínodos, y lo ha reiterado, es que la Iglesia se enfrenta a una Nueva Evangelización. Y esa Nueva Evangelización para él tiene un nombre que la sintetiza que se llama *Evangelii nuntiandi*. La culminación, en cierto sentido, del pontificado de Pablo VI, es el punto de partida de la Nueva Evangelización en el siglo XXI. No estamos hablando de historia antigua, sino que es el hilo conductor actual. Se llama Pablo VI en su último documento. Señalaría también el relator general del Sínodo de 1974, que genera la *Evangelii nuntiandi*, el relator general de todas las ponencias que hubo para sintetizarlas, fue el obispo Wojtyla. En su etapa episcopal, el Papa Juan Pablo II, fue, en cierto sentido, un preparador bienvenido por Pablo VI al punto tal que luego de eso va a predicar en el retiro con el Papa Pablo VI. Hubo como una comunión de percepciones. Y eso es lo que dirige a la Iglesia hoy en la nueva evangelización mundial.

Hay muchas otras cosas que se incorporan en el Concilio. De la Ilustración por ejemplo: la cultura. La idea de cultura o civilización es una idea de la Ilustración, que nace en el siglo XVIII. Es el momento que Europa central, empieza a pensar la multiplicidad del mundo que ha ido tanteando con los descubrimientos, entonces tiene ideas sobre China, sobre la India, sobre África, sobre América: entonces surge la idea de culturas y civilizaciones. Europa se pensaba como lo supremo de la civilización. Los temas de la cultura que se plantean por primera vez en la Iglesia, en la *Gaudium et spes*, se prosiguen en Puebla a través de la *Evangelii nuntiandi*. América Latina es un solo gran círculo histórico cultural. La evangelización se va diferenciando en función de los grandes círculos históricos culturales. El conflicto y diálogo entre los círculos históricos culturales, más que la economía, es lo que va a determinar la marcha del mundo contemporáneo afirma uno de los pensadores norteamericanos contemporáneos, Huntington. De alguna forma, eso ya lo viene planteando la Iglesia, ya está planteado en el Concilio con su apreciación de la cultura y las culturas. Toda esa dinámica ya está en marcha en el Concilio, a partir del Concilio, inseparable por Pablo VI.